El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8485 | DIARIO DE LA NOCHE | TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 53

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Lóndres, Fleet Sirct, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 19 de Febrero de 1890.

Salicilatos
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia, toda clase de VOMITOS Y DIARREAS, DE LOS RISICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VOMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO, ERUPTOS FEYIDOS PIROXIS. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE, 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA, FARMACIA VIVAS PEREZ desde donde se remiten por correo á todas partes enviando 75 cts más por certificado.
POR MAYOR: Madrid, M. García y Sociedad Ibero Universal. Barcelona, Sociedad Farmacéutica é Hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Uriach. Cartagena, Abad y Romero Germes

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

LA CUESTIÓN DE GIBRALTAR.

Más tarde ó más temprano, de una manera ó de otra, la presencia de los ingleses en Gibraltar provocará un conflicto. Si en España hubiera más patriotas y menos bullangueros, esta cuestión, profundamente nacional, estaría planteada siempre ante la opinión, la cual no debiera ocuparse de otra cosa.

Los periódicos han dicho que el gobierno inglés piensa construir un dique en aquella plaza. Ahora bien, el tratado de Utrechet dió á Inglaterra el Peñón á secas, sin un palmo de tierra y sin aguas jurisdiccionales. Apesar de esto, los ingleses se han apoderado de la mitad de las aguas de la bahía de Algeciras, y de la zona de tierras que se extiende hasta la Linea actual. Poco á poco van ensanchando su dominio. Sus centinelas avanzan en nuestro territorio, con tan inaudito descaro, que las garitas tienen ruedas para hacerlas adelantarse poco á poco. Terreno ganado por ellos de este modo, no vuelve á la madre patria.

La construcción del dique sería una usurpación más, y bochornosa en alto grado. El Gobierno que la consintiera sería traidor á la patria. La protesta del nuestro debe significar—caso de que la cuestión llegue á formalizarse—propósito inquebrantable de resistir.

No debemos dejar de sostener nuestro derecho, ni consentir imposición alguna. Cuando Inglaterra nos viera decididos á todo, cedería.

Es demasiado práctica para emprender una guerra á causa de un dique.

Por nuestra parte debemos aceptar como lección y como aviso, lo que ocurre. Nada de bravatas ridículas y sueños archi-risibles y archi-quijotescos, como los que un periódico de Málaga echó á volar hace pocos días.

Seamos prácticos. La pérdida de Gibraltar fue natural consecuencia de errores de dos siglos que nos condujeron á irremediable decadencia; su reconquista será también lógica recompensa de esfuerzos constantes, de muchos años de trabajo, de una política acertada, que nos devuelvan fuerza y prestigio.

Entonces, cuando nuestra enemistad valga más que Gibraltar, volverá á ser nuestro, bien porque nos lo den, bien porque nos lo tomemos.

Pero pensar que un invento cualquiera nos permitirá dominar el mar y reconquistar el Peñón por arte mágico, es pensar una grandísima simpleza.

El maestro de escuela, el comercio, la industria, el buen sentido para encaminar nuestra política, muchos años de trabajo y de juicio: tales son los medios de reconquistar á Gibraltar.

Variedades.

Charada

Paso un rato divertido
viendo todas las mañanas,
como en la **todo una dos**
á **tres cuatro** su criada.

A. A.

La solución en el número próximo.

ALEMANES Y FRANCESES

Episodio de la guerra franco-alemana

En el mes de Julio de 1870, según el calor que hacía en la Habana, debía ser de prueba en todos los puntos de la isla de Cuba. Por eso nada tenía de extraño que los madrugadores y habituales concurrentes á los «muelles de caballería», gozasen de la fresca brisa del mar, luciendo sus holgadas chaquetas y sus blancos jipijapas, fumando los unos sus ricos vegueros, conversando en animados grupos los otros, ó surcando en rápidas falúas las aguas azules de la bahía, para dirigirse á Regla, á Cuanabacoa, á Casablanca ó á bordo de esos buques de panza rolliza, cargados de plata de Méjico, de oro de California, de sedas de Persia, de diamantes de Golconda, de the de Cantón ó de especias de Ceylán, que con tanta frecuencia echan el ancla en el primer puerto de la Gran Antilla.

El vapor correo de las «Mensagerías imperiales francesas», llegado el día antes por la tarde, habíase puesto en franquía en cuanto el pontón hizo la señal, saliendo rumbo al Océano, con la rapidez común á los trasatlánticos de las grandes compañías nacionales y extranjeras que hacen el tráfico y conducen la correspondencia entre América y Europa.

Acababan de dar las once de la mañana, cuando los «guadañeros», los descargadores, el resguardo, los curiosos, cuantos en una palabra, llenaban los tinglados de los muelles bajo cuyas caldeadas cubiertas, trataban de librarse de los rayos abrasadores del sol, levantaron sorprendidos la cabeza, suspendiendo por un instante toda clase de operaciones, al oir clara y distintamente dos cañonazos que anunciaban el regreso del correo francés al puerto que acababa de dejar.

La curiosidad era general, los comentarios interminables y á gusto de todos.

Unos decían que un accidente en la máquina hacía precisa la recalada, otros que el barco se había olvidado de proveerse de combustible, este que tenía fuego en la bodega, aquél que se había descubierto de repente una vía de agua, en fin, como suele suceder en tales casos, hubo tantos pareceres como espectadores, tantas disputas como pareceres y alguno que otro entusiasta, que creyó más propio ilustrar la discusión por medio de luminosos puñetazos, en cuanto hubo agotado el catálogo de las palabras significativas usadas por la gente de mar y el cual no suele pecar por falta de términos donde escoger.

Por fin el vapor de las mensagerías dobla de nuevo la punta del canal, avanza magestuosamente, y á la voz de «fondo», echa el ancla en su puesto, frente casi al primer centinela del camino cubierto de la «Cabaña». Rodeándole infinidad de botes, todos quieren trepar los primeros sobre cubierta para saber noticias, cuando un pescador casi niño, con la prisa de saltar á la porta en medio de un grupo que hace crugir la escala, amenazando romperla, pierde un pié, vacila y cae al agua, lanzando un grito.

Las olas se abren primero, se cubren de espuma, y poco después los copos blancos se convierten en una extensa mancha roja, debajo de la cual se agitan varios tiburones. El pobre pescador ha sido pescado.

Lo que había hecho retroceder al correo francés era muy sencillo.

Corría en demanda de mar franca, haciendo catorce millas, á unas veinte leguas de la Habana, con tiempo bonancible y el agua como un espejo cuando el vigía dió la voz de «barco á la vista».

Esto no tenía nada de particular en aquellos parages tan frecuentados por bastimentos de todos los países, pero algo vería en su aspecto, su marcha y sus maniobras el capitán del vapor correo, cuando después de forzar las máquinas, viró en redondo volviendo á su último punto de partida á toda prisa y con entera felicidad.

El barco sospechoso era una corbeta alemana de guerra, el «Meteor», que se había engolosinado con tres ó cuatro magníficas presas que llevaba hechas por los alrededores del Golfo y entre las posesiones inglesas, holandesas y americanas.

Al otro día el «Meteor» se encontraba pacíficamente fondeado en la bahía, donde veintidos horas después echaba el ancla, casi rozando su misma borda, el crucero francés de guerra «Bouvet»; y con esto y con el obligado cumplimiento de las leyes de neutralidad, por parte de las autoridades superiores de la isla, el vapor de las «Mensagerías» emprendía aquella misma tarde, con seguridad y de nuevo, su camino para el Havre.

. . . . . .

El «Meteor» era una corbeta de hélice, que montaba menos artillería y menos hombres que su adversario, pero en cambio, los cañones, sobre todo uno giratorio colocado á proa, eran de mayor alcance y la última palabra del adelanto en cuestiones de balística.

Llevaba el «Bouvet», y creemos que lleva todavía un nombre querido y sagrado para todo francés verdadero. Bouvet se llamaba el intrépido comandante de la «Bellone» que en reemplazo del heróico almirante Duperré, herido de un metrallazo en la cabeza, tomó el mando del buque insignia en el combate de 21 de Agosto de 1810, contra los ingleses que pretendían apoderarse de la isla de Francia; en cuyo «Gran Puerto» volvió ésta por sus fueros marítimos, algo mermados por los tristes sucesos de Abukir y por la conducta de Villeneuve en Trafalgar.

. . . . . .

Proverbial es la galantería de la nación francesa, por cuyo motivo nadie extrañó que en cuanto el crucero hubo fondeado se apresurase el capitán á enviar una atenta carta al comandanto del buque enemigo, proponiendo un paseo por alta mar, tan pronto como quisiera salir.

El marino alemán contestó dándole las gracias, aceptando en el acto su invitación, y sintiendo tan sólo que el francés se hubiese anticipado, pues pensaba dirigirle igual convite.

El día siguiente se presentó como se presentan los días de calma chicha en aquel cielo tropical.

Al salir el sol rebasaba el «Bouvet» la línea del «Morro», á media máquina, alegre, confiado, impetuoso: los gaviéros en las cofas, con sus carabinas, los artilleros en la batería, sobre cubierta los refuerzos de la maniobra, los oficiales en sus puestos, el comandante, en el banco de guardia, preparada la sanidad y las espuertas de serrín con objeto de que no resbalen en la sangre los combatientes, y flameando orgullosas en los palos las banderas tricolores.

Dos horas más tarde salía el «Meteor», con arreglo á lo convenido, en busca de su adversario que le esperaba corriendo bordos.

Más que una nave preparada á correr peligros próximos, parecía el barco fantasma de O'Crowley.

Ni un trapo, ni una flámula, ni un gallardete, ni un ser humano, ni prisas, ni ruidos, ni preparativos, ni voces ni nada. Llevaba herméticamente cerradas sus portas y á simple vista aquella corbeta de airoso porte, parecía ser un inofensivo bergantín mercante. Así llegó á la batería de los «Apóstoles y al pasar frente de la «Punta,» en cuya gola ondeaba el pabellón de Castilla, ocurrió una escena de magia. Sonaron en el buque alemán tambores y cornetas, mezclados al modulado silbido de pito de pilotos y contramaestres, cambiando en un abrir y cerrar de ojos todo el aspecto del barco.

Abriéronse como el rayo las escotillas, alargaron sus cuellos de bronce las formidables piezas, los soldados se alinearon silenciosamente en las amuras, destacándose sobre los tonos del horizonte, la gente en «zafarrancho;» con el valor, la sangre fría y la tenacidad que caracteriza á los individuos del Norte en semejantes casos. Los franceses, todo vida, todo entusiasmo, todo corazón; los alemanes, todo quietud, todo cálculo, todo cabeza; allí se mostraba en alto relieve, cuanto aparta, repele y divide á la raza latina y á la raza sajona.

El «Bouvet» cruzaba á unas seis millas de la costa y allí le encontró el «Meteor,» al romperse el fuego. Seguramente no le convenía al primero un combate de artillería, así es que iba al abordaje del segundo que cañoneaba al «Bouvet» de flanco, sin reposo, esquivando el choque decisivo. Dos horas pasaron así tirándose de lejos, hasta que al fin, y para acabar, decidieron esterminarse de cerca. Cincuenta brazas separaban los dos barcos, cuando una bala rasa del «Bouvet,» rindió el triunfo del «Meteor,» que arrastrando por el agua el aparejo, como una ave marina á quien han roto las alas, corrió el riesgo de ser destruido, por haberse quedado sin movimiento.

En aquel instante supremo, y al enredarse casi las vergas de su contrario con las suyas, un cañonazo de la pieza de proa del buque alemán, atraviesa de parte á parte el crucero francés, cuyo vapor escapa silbando por la horrible brecha, haciendo creer la considerable humareda, que tiene fuego á bordo. El «Meteor» sin vacilar, sin perder tiempo, con rapidez pasmosa, echa sus botes al agua, corta á hachazos la arboladura que le estorba y se dispone á acabar con su antagonista.

Pero éste, cuenta también con un buen comandante, y antes que el barco alemán logre dominar la situación, virá como puede, se endereza, se cubre de velas y se dirige en demanda del puerto de la Habana, hasta llegar á las aguas españolas, donde observa á los contendientes un «vapor» de nuestra escuadra, que tira dos cañonazos sin bala,